

ÍNDICE

I. PREFACIO	5
II. INTRODUCCIÓN	9
III. ESTACIÓN PALMILLA	15
IV. ESTACIÓN SANTIAGO	29
V. ESTACIÓN MÉXICO	59
VI. ESTACIÓN ESPAÑA	75
VII. ESTACIÓN CHILE	87
 ANEXO	
VIII. DATOS PARA UNA BIOGRAFÍA	111
IX. PUBLICACIONES DE MIGUEL LITTIN	117
X. FILMOGRAFÍA	121
XI. PREMIOS Y DISTINCIONES	127
XII. ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	133

I. PREFACIO

RADOMIRO SPOTORNO

Este libro es la transcripción, y ciertamente selección, de más de una decena de cintas que grabaron las conversaciones que mantuvimos con Miguel Littin durante casi una semana en Barcelona, este último verano, mientras el desarrollaba la delicada y solitaria alquimia del montaje de su más reciente película: "Tierra del Fuego".

En los lapsus que dejaba este tejer y destejer alucinado, en la misma sala de montaje, pero también en bares y restaurantes e incluso caminando por las Ramblas de Barcelona, porque Littin es un peripatético incansable, lo grabé mientras le hacía unas pocas y muy breves preguntas, que sólo lo incitaran a seguir hablando y recordando. Preguntas que naturalmente deseché del texto. Solamente los subtítulos son míos.

Siempre bordeaba la fatiga, y eso es muy bueno para entrevistadores, psiquiatras y policías, porque las defensas bajan y se entreabren las corazas que el mundo y el tiempo construyen, infatigables y fatales, en torno nuestro.

A Littin lo han entrevistado mucho. Yo mismo acumulé para este trabajo una buena colección de entrevistas, francesas, chilenas, cubanas, mexicanas, venezolanas, colombianas, españolas...

Pero ninguno de los entrevistadores tuvo a Littin como lo tuve yo, por varios días y siempre emergiendo del acuario onírico de una sala de montaje cinematográfico.

Mi idea era acercarme todo lo posible a lo que algunos poetas franceses llamaron "boite noire", es decir esa maquinaria oscura, a ese vientre misterioso donde se gestan y proliferan las ideas de la creación artística. Naturalmente que eso tiene que ver con la memoria, por eso este es casi un libro de recuerdos. La poesía nace de las rodillas quebradas de la memoria, dicen los griegos.

La tarea resultó más compleja de lo que esperaba, porque además Littin tiene su propia teoría, o racionalización, del proceso creativo. En términos técnicos es lo que se denomina un numinoso, es decir que acepta que el proceso creativo es irreductible al discurso. Él llega a hablar de sin-razón y aún, de locura.

Aunque obviamente fracasé en el intento de desarmar el mecanismo de la caja de música, creo que estas páginas aportan antecedentes válidos y reflexiones y recuerdos, que pueden iluminar esa relojería de tenebroso resplandor.

Un texto de Antonio Skármeta hace las veces de prólogo y sitúa en el contexto histórico la obra de Littin y un anexo complementa y objetiva este libro de fuerte temperamento subjetivo.

Este anexo tiene un apartado biográfico, otro de las publicaciones de las que es autor el propio Littin, una filmografía de sus principales películas, un palmarés con los premios y distinciones que han obtenido sus obras, y un capítulo final, con algunas referencias bibliográficas.

Como convivimos desde el principio de los tiempos con los poetas, ya sabemos que no es posible, que es torpe e inútil pedirles explicaciones de sus versos.

Pero el cine tiene apenas un siglo y todavía no sabemos con claridad lo que es, sólo apenas que tiene que ver con los sueños que soñamos, despiertos o durmiendo.

¿Quién podría explicarnos un poema, quien podría "contarnos" una película, digo, una película que valga la pena?

Littin es un poeta, y aún, más en lo profundo, es como un músico y sus cantares y sus versos llegan por el haz de luz del proyector. No es posible pedir explicaciones. Como la rosa, una buena película es una película, es una película, es una película.

RADOMIRO SPOTORNO, SANTIAGO DE CHILE

OCTUBRE DE 1999

II. INTRODUCCIÓN

ANTONIO SKÁRMETA

En la cinematografía de Miguel Littin se advierte un ritmo que acompaña al de la historia latinoamericana.

Sensible a las distintas alternativas que la historia le deparó a este convulso continente, en cada caso ha encontrado el lenguaje que diera cuenta de los hechos y de sus emociones frente a ellos.

La observación de la marginalidad rural del campo chileno, una zona que conocía bien pues creció lejos de las grandes ciudades, aseguró la autenticidad de su primer largometraje, *El Chacal de Nahueltoro*, un film que el tiempo no corrompe y al que se le puede augurar la categoría de clásico.

La América Latina insurrecta, febril y con ansias de cumplir su originalidad histórica fue el motivo de sus filmes siguientes. Sus imágenes se hicieron épicas para contar las vidas de sus mineros o campesinos que iban tras un sueño y encontraban una masacre. De esa textura son filmes como *La Tierra Prometida* y *Actas de Marusia*.

Curiosamente hasta su film de 1994, *Los Náufragos*, Littin no pudo hacer cine de ficción en Chile, pues aún no terminaba de saborear el éxito mundial de *El Chacal de Nahueltoro*, cuando el golpe militar de 1973 lo envió al exilio.

En el amplio mundo de Latinoamérica, el cineasta chileno se hizo permeable tanto a la historia del continente como a la imaginaria de la literatura que lo representaba o inventaba.

La exuberante fantasía de Alejo Carpentier y García Márquez fue el magma de donde se nutrió para *La viuda de Montiel* y *El Recurso del Método*.

Aquí no sólo se innovaba en la combinatoria de imágenes, sino que se echaba una mirada cercana a los temas del autoritarismo y del dictador, entidades a la sazón en pleno auge en Latinoamérica.

Literaria también fue la inspiración en la audaz y difícil mezcla del horror de la guerra en Nicaragua con una clásica novela chilena de Pedro Prado: *Alsino*. Contrastando los deseos del niño que quiere volar sujeto de sus propias alas (de su libertad) con los helicópteros de los asesores contrarrevolucionarios norteamericanos, comenzó su intimidad con la historia del sandinismo en Nicaragua, que culminó precisamente en su

Sandino, epopeya alrededor del héroe centroamericano que sentó las bases de una resistencia anticolonialista de la cual aún se nutre Latinoamérica.

Dentro de su filmografía, *Los Náufragos* es consecuente con la cercanía emocional con que Littin calibra las peripecias de su amado Chile que, por cierto, han arrastrado y conmovido su propia vida.

Tras muchos años de exilio creativo, en cuanto volvió al Chile democrático se integró al trabajo político y fue elegido alcalde de Palmilla, pequeño pueblo rural donde había transcurrido su infancia y también donde había ambientado parte de su obra.

Pero un par de años antes había entrado clandestinamente a Chile a filmar un documental que se llamó *Actas de Chile*. Aquí Littin se enfrentaba físicamente con los efectos de más de una década de dictadura en su patria. Ahora convivía, sumergida su identidad, con los despojos del país que conocía en su juventud de alocadas ilusiones y de algarabía política.

Creo que la experiencia de aquel valiente documental, unida a su vivencia como artista, hombre y político, de la original salida democrática chilena, donde conviven instancias libertarias con obvios enmarcamientos autoritarios, nutrió el impulso lírico de *Los Náufragos* y tiñó de angustia su atmósfera.

Así como la vida política chilena se estabiliza con una buena dosis de pragmatismo, que en la práctica lleva a la convivencia de víctimas y victimarios, la vida artística sigue conmovida por las alternativas de la historia, y no cree que su vocación sea el olvido ni la ausencia de reflexión.

Littin se inserta en esta apasionada coyuntura.

No se trata ahora de canciones de alborada, de promesas de futuro que terminaban mal, pero en las cuales se adivinaba la posibilidad del triunfo en otra vuelta de la vida, sino de una letanía entre los detritos de un país donde, para no ver la horrorosa realidad heredada de la violencia, los personajes se abandonan a la locura, a la ambigüedad, al alcohol o al sexo angustiado o mercenario.

Es un viaje en la tormentosa historia reciente, en los detritos de un país que necesita que se recorra la nevadura del dolor, como lo hace Littin, para recuperar su dignidad y su humanidad. De allí que también este viaje físico que emprende el hombre que vuelve del exilio sea, en primer lugar, una incursión en su conciencia, en la fantasía onírica que lo atormenta.

Littin halló un lenguaje para expresar esta ambigüedad: creó desde el inicio de *Los Náufragos* una atmósfera desligada de los ordenamientos lógicos y temporales y fundó un escenario espiritual, casi de carácter sagrado, donde todo es posible según la verdad de las emociones del conflictivo protagonista y no de acuerdo a las apariencias de una

realidad en general falseada.

Así Los Náufragos, con su apocalipsis de locos, ciegos y amantes, que en su desolación recrean el afecto capaz de producir la aparición de los desaparecidos, es una fuerte innovación tanto temática como formal en la filmografía de Miguel Littin y una clara obra de madurez: honda en su concepto y segura en su estética.

ANTONIO SKÁRMETA.

ESCRITOR, DRAMATURGO Y REALIZADOR CINEMATOGRAFICO